

# CUADERNOS DE HISTORIA 38

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE JUNIO 2013: 99 - 130

---



## CULTURA COMUNISTA Y GUERRA FRÍA: LOS INTELECTUALES Y EL MOVIMIENTO POR LA PAZ EN LA ARGENTINA

*Adriana Petra\**

**RESUMEN:** Este artículo se propone reconstruir los primeros años de actuación del Consejo Argentino por la Paz, sede local del Consejo Mundial por la Paz, la organización frentista más importante impulsada por el comunismo en el periodo de la Guerra Fría. A través de los itinerarios de los escritores María Rosa Oliver y Alfredo Varela, y del ensayista Ernesto Giudici, figuras clave del Movimiento por la Paz en la Argentina, el artículo analiza la relación entre los intelectuales y las iniciativas comunistas de la segunda posguerra en el contexto del Gobierno de Juan Domingo Perón.

**PALABRAS CLAVE:** Movimiento por la Paz en la Argentina, Guerra Fría, intelectuales.

### *COMMUNIST CULTURE AND COLD WAR: INTELLECTUALS AND THE PEACE MOVEMENT IN ARGENTINA*

*ABSTRACT: This paper aims to reconstruct the early action of the Argentine Council for Peace, local headquarters of the World Peace Council, the most important front organization supported by communism during the Cold War period. Through the itineraries of writers María Rosa Oliver*

\* Investigadora del Centro de Documentación en Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI), Universidad Nacional de San Martín. Correo electrónico. [apetra@cedinci.org](mailto:apetra@cedinci.org)

*and Alfredo Varela and the essayist Ernesto Giudici, key figures in the Movement for Peace in Argentina, the article analyzes the relationship between intellectuals and communist efforts after World War II, in the context of Juan Domingo Peron's government.*

*KEY WORDS: Movement for Peace in Argentina, Cold War, Intellectuals.*

Recibido: diciembre 2012

Aceptado: abril 2013

### *Introducción*

Lo que el historiador Pascal Ory denominó la “Guerra Fría de los intelectuales comunistas” corresponde al periodo que se abre en 1947 y se cierra en 1956, cuando el cisma provocado por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la invasión a Hungría pongan fin al “ciclo antifascista” del compromiso de los intelectuales con el comunismo<sup>1</sup>. Aunque en la Argentina la periodización sugerida por Ory exige ser matizada debido a la sobrevida que el peronismo impuso al frente intelectual antifascista hasta 1955, durante este puñado de años el lugar que los intelectuales comunistas ocupaban en el espacio cultural más general así como en el interior del partido se modificó<sup>2</sup>. Si hasta entonces los comunistas habían logrado ocupar un puesto en el campo cultural debido a la fortaleza que los tópicos antifascistas imprimían a un discurso centrado en la defensa común de la cultura y las tradiciones liberales amenazadas por el carácter reaccionario, clerical e hispanista del gobierno nacido del golpe de 1943 y continuado, según se afirmaba, por su más hábil exponente luego de las elecciones de febrero de 1946, los vaivenes que el partido experimentó en la caracterización del fenómeno peronista a lo largo de toda la década resultaron letales para su permanencia en esa comunidad intelectual antiperonista<sup>3</sup>. Mientras los comunistas fueron capaces de sostener su vocación antiperonista, el clima de asedio que en todo el mundo soportaban no los alcanzó en todas sus consecuencias. Pero cuando en 1952 el Partido Comunista Argentino (PCA) se lance por breve tiempo a buscar la

<sup>1</sup> Sirinelli, Jean-Francois y Pascal Ory, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV, 2007, pp. 189 y ss.

<sup>2</sup> Sobre los intelectuales argentinos durante el periodo peronista ver Fiorucci, Flavia, *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

<sup>3</sup> Sobre las caracterizaciones del peronismo realizadas por el Partido Comunista Argentino y otras organizaciones de izquierdas ver Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierdas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, pp. 78 y ss.

unidad con el peronismo y, atento a las necesidades impuestas por el escenario internacional y el mandato antiimperialista que organizaba el discurso soviético para América Latina, redefine violentamente tanto la política de alianzas como los términos que gobernaban las interpretaciones comunistas sobre el pasado y las tradiciones ideológicas locales, los intelectuales comunistas abandonarán –no sin desgarros personales– las instituciones culturales que hasta entonces integraban e incluso dirigían (como la Sociedad Argentina de Escritores y el Colegio Libre de Estudios Superiores), provocando el primer gran quiebre del “campo democrático” de la intelectualidad argentina.

En este clima de permanente tensión entre el contexto nacional y las demandas externas, los comunistas argentinos se lanzaron a la constitución de la sede local del Movimiento por la Paz, la iniciativa frentista más importante que Moscú promovió una vez desatada la Guerra Fría y en la que los intelectuales jugaron un rol crucial. La escritora María Rosa Oliver (1898-1977), el ensayista Ernesto Giudici (1907-1992) y el periodista y escritor Alfredo Varela (1914-1984) fueron las figuras más representativas del Movimiento por la Paz en la Argentina. A partir de su actuación este artículo se propone reconstruir el perfil de esta organización durante sus primeros y más intensos años de actividad.

### *La batalla ideológica de posguerra*

En los dos bloques en que se dividió el mundo cuando se puso fin a la gran alianza creada para derrotar al nazismo, la “batalla ideológica” fue puesta en primer plano, pues en esa forma tan simbólica de la guerra se tenía la certeza de que las ideas constituían eficaces armas de combate. El clima que al finalizar la Segunda Guerra había permitido a los comunistas –sobre todo europeos pero también latinoamericanos– acumular un enorme prestigio y engrosar sus filas con numerosos intelectuales se enrareció hasta volver a arrojarlos a un aislamiento forzoso. A la feroz campaña de demonización y represión que creó la política exterior de Occidente, los comunistas respondieron con un endurecimiento del poder disciplinario a todos los niveles, que en las llamadas “democracias populares” alcanzó niveles patológicos de control y terror<sup>4</sup>. En algunos casos, como en Francia, el descrédito sostenido del comunismo ante la inteligencia en los años posteriores a 1945 constituye, en palabras de Michel Winock, uno de los “principales misterios de los últimos cuarenta años”.

<sup>4</sup> Eley, Geoff, *Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 301.

Gallina en corral ajeno –el occidente capitalista–, el PC extrema su monolitismo: el catecismo marxista-leninista, el centralismo democrático y el dogma de la infalibilidad staliniana son piezas esenciales en este juego (...) El ardor staliniano fascina a unos tanto como horroriza otros: representa el combate de la disciplina proletaria contra la guerra y el imperialismo. Se desencadena el antinorteamericanismo<sup>5</sup>.

Durante este periodo, la mayor parte de los partidos comunistas en todo el mundo tendieron a reforzar su disciplina interna sobre la resignificación de viejos conceptos. El “internalismo proletario” pasó a designar la más absoluta fidelidad a la URSS, que como nunca antes simbolizó un modelo político y un prodigio económico, cultural, social y científico. El “espíritu de partido” se tradujo en la sumisión total a las direcciones, cuyos hombres adquirieron atributos cuasi sagrados. La “lucha de clases” se impuso a cualquier otro tipo de combate, particularmente en el terreno ideológico, aunque el mandato antiimperialista convirtió a los comunistas en adalides de la defensa de las culturas nacionales amenazadas por el “cosmopolitismo” y la “degeneración” norteamericanas<sup>6</sup>. En el movimiento comunista internacional se acentuó la tendencia a considerar la política en términos policiales y de espionaje, al mismo tiempo que la intervención de la institución partidaria en todos los campos de la producción artística y científica adoptó rasgos de verdadera inquisición<sup>7</sup>. Las codificaciones soviéticas sobre el arte, la literatura, la filosofía y la ciencia que, por boca de Andrei Zhdanov, circularon en la prensa comunista de todo el mundo, tuvieron un efecto acumulativo para el desprestigio que los comunistas estaban padeciendo por efecto de las acusaciones contra Tito en Yugoslavia, los juicios a Rajk y Kostov en Hungría y la cada vez más acentuada certeza de que en la URSS existían campos de trabajos forzados. Con una repercusión internacional inmediata, en 1950 desde las páginas de *Les Temps Modernes*, Jean Paul Sartre y Maurice Merleau Ponty afirmaban estar convencidos de la existencia de tales campos, calculando que el número probable de detenidos era de unos diez a quince millones de personas<sup>8</sup>. Pero apenas dos años después, desatada la guerra de Corea, el apoyo de Sartre al Movimiento por la Paz

<sup>5</sup> Winock, Michel, “El siglo de oro de los intelectuales”, *Debats*, Valencia, junio de 1986, nº 16, pp. 48-49.

<sup>6</sup> Courtois, Stéphan y Marc Lazar, *Histoire du Parti communiste français*, Paris, PUF, 2000, p. 273.

<sup>7</sup> Liebner, Gerardo, *Camaradas y Compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011, p. 115.

<sup>8</sup> Caute, David, *El comunismo y los intelectuales franceses (1914-1966)*, Oikos-Tau, Barcelona, 1968, p. 217.

promovido por los comunistas pondrá fin a aquel consenso, así como a una amistad de casi 20 años<sup>9</sup>.

En una reunión secreta de los partidos comunistas de la URSS, Yugoslavia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Francia e Italia, celebrada en setiembre de 1947 en Polonia, los soviéticos oficializaron al mundo, por la voz de su delegado Andréi Zhdánov, la ruptura de la gran alianza nacida de la guerra. El que luego será popularmente conocido como el “Informe Zhdánov” –documento fundamental de la ideología comunista para la Guerra Fría– explicaba que, en adelante, el mundo estaría dividido en dos bloques: de un lado, el campo imperialista y antidemocrático, dominado por los Estados Unidos; del otro, el campo antiimperialista, democrático y defensor de la paz, hegemonizado por la URSS. Para los soviéticos, la doctrina Truman y la puesta en marcha del Plan Marshall demostraban que los Estados Unidos albergaban una voluntad expansionista, agresiva y belicista que amenazaba la existencia de la URSS, pero también, mediante la complicidad de las socialdemocracias locales, al movimiento obrero de todos los países, particularmente el de las viejas potencias europeas antes aliadas y ahora sometidas a la política norteamericana. La URSS, por el contrario, al encarnar un sistema social nuevo y superior reflejaba en su política exterior “las esperanzas de toda la humanidad progresista que aspira a una paz durable”<sup>10</sup>. El “campo democrático” quedará entonces constituido, ante todo, por la URSS y los países del Este Europeo, incluida Finlandia, además de algunos Estados “simpatizantes” en Asia y Oriente Medio (Indonesia, Vietnam, India, Egipto y Siria). Pero también se beneficiará, además de su componente estatal, del apoyo del “movimiento obrero y democrático en todos los países”, de los “movimientos de liberación nacional en los países coloniales” y de “todas las fuerzas democráticas y progresistas del mundo”. En este contexto, la tarea principal de los partidos comunistas será la lucha por la paz –que sustituye el combate por la revolución–, la resistencia a los planes de expansión y dominación imperialista en todos los terrenos y, particularmente en los grandes países occidentales, la defensa de la independencia nacional y la soberanía de cada país<sup>11</sup>.

La principal consecuencia política de la Guerra Fría constituyó, en efecto, en polarizar al mundo en dos campos. Europa se dividió en regímenes pro y

<sup>9</sup> Sobre la ruptura entre Sartre y Merleau-Ponty consultar “Sartre y Merleau-Ponty. Las cartas de una ruptura”, *Revista de Occidente*, n° 160, Madrid, septiembre de 1994, pp. 5-36.

<sup>10</sup> Courtois y Lazar, op. cit., p. 268.

<sup>11</sup> Marcou, Lilly, *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Madrid, Siglo XXI, 1981, pp. 10-11.

anticomunistas homogéneos. Los comunistas fueron expulsados de los gobiernos donde tenían alguna participación, como en Francia e Italia, para convertirse, en palabras de Hobsbawm, en “parias políticos permanentes”. Los regímenes comunistas hicieron lo propio expulsando a los no comunistas de las democracias populares y convirtiéndolas en Estados sometidos a la dictadura de los partidos comunistas. La Komintern fue disuelta para ser reemplazada por la Oficina de Información de los Partidos Comunistas (Kominform), un organismo “limitado y eurocéntrico” encargado de hacer circular la información entre los partidos comunistas en el poder, el PCF y el PCI<sup>12</sup>. La Kominform estableció, sobre la más absoluta ortodoxia, las líneas maestras de la estrategia, la actividad, la reflexión y la propaganda del comunismo internacional hasta su disolución en abril de 1956. Su órgano de prensa *Por una Paz duradera, por una democracia popular*, cuya redacción permanente se asentó primero en Belgrado y luego en Bucarest, se editaba en varios idiomas, entre ellos el español, y se constituyó en la única tribuna internacional del movimiento comunista y la única plataforma de enlace de los partidos comunistas, razón por la cual su carácter fue esencialmente ideológico y político. A partir de su tercera reunión celebrada en Matra, Hungría, en noviembre de 1949, la Kominform estableció que la “lucha por la paz” sería la estrategia política dominante del movimiento comunista internacional. Con este objetivo, prácticamente se transformó en el órgano directivo del Movimiento por la Paz, ampliando su esfera de influencia hacia grandes sectores de la opinión pública, en un doble esfuerzo por recuperar la influencia en las organizaciones de masas y salir de su aislamiento<sup>13</sup>.

### *Los comunistas y la paz*

Cuando se celebre en la martirizada ciudad polaca de Wroclaw el Congreso Mundial de la Paz, Moscú habrá dado el primer paso en lo que fue su más exitosa iniciativa frentista y su única estructura internacionalista por las siguientes décadas. Apelando a un asunto ampliamente emocional, los comunistas volvieron a convocar a los intelectuales a cumplir un papel principal en la cruzada contra una nueva guerra, el peligro atómico y la defensa de la URSS, ahora amenazada, afirmaban, por la vocación expansionista del imperialismo norteamericano. Reavivando los tópicos del antifascismo, el movimiento pacifista se valió tanto

<sup>12</sup> Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2011, p. 242.

<sup>13</sup> Cfr. Marcou, op. cit., Marcou, *La Kominform*, Madrid, Villalar, 1978 y Claudín, Fernando, *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform*, Madrid, Ruedo Ibérico, 1970.

de una sensibilidad preexistente como de sus estructuras de participación. Los encuentros, las conferencias, los petitorios se multiplicaron por todos los países y muchos intelectuales occidentales estuvieron dispuestos a olvidar las purgas y los campos de trabajo para poner su nombre y prestigio a disposición de la cruzada pacifista.

En el verano de 1948, la ciudad polaca de Wroclaw, todavía en ruinas, recibía a cientos de intelectuales venidos de 45 países para celebrar el Congreso Mundial de Intelectuales por la Paz. En el mes de diciembre, Budapest será el escenario del segundo congreso de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, que reunió a más de 80 millones de mujeres de 56 países bajo el lema “no enviaremos jamás a nuestros hijos a una guerra contra la Unión Soviética”. Tres meses antes, la capital húngara había recibido a otros tantos millones de jóvenes que se reunieron en el Congreso de la Federación Mundial de la Juventud Democrática. Estos encuentros, estratégicamente celebrados en las recién estrenadas democracias populares, fueron el primer eslabón de un amplio y vasto movimiento que aglutinó a miles de hombres y mujeres de todo el mundo tras las banderas de la defensa de la paz y la cultura contra las amenazas del “nuevo fascismo” norteamericano. Calificado desde un principio por la prensa liberal de ser una “fachada comunista” dispuesta para explotar las buenas intenciones de intelectuales incautos, lo cierto es que el Movimiento por la Paz despertó la adhesión de escritores, científicos y artistas de gran prestigio y fue la iniciativa cultural más exitosa impulsada por la URSS en los años de la Guerra Fría. Su repercusión obligó a los intelectuales no alineados con el bloque soviético a crear, casi siempre por reacción, una serie de instituciones y movimiento análogos que se propusieron defender los valores de la libertad y la democracia contra todos los “totalitarismos”, fueran de izquierda o de derecha<sup>14</sup>. El movimiento atlantista tuvo una suerte dispar y debió lidiar, al menos durante sus primeros años, con el estigma del anticomunismo en los medios intelectuales.

En aquellos años, el comunismo ya gozaba de un largo camino transitado en relación con la organización de iniciativas frentistas en el terreno de la cultura. El movimiento antifascista fue, en todo el mundo, la puerta de entrada de cientos de intelectuales al comunismo y la base de una perdurable memoria sobre su deber en las horas críticas. La lucha por la paz reavivaba aquellos años al convocar su responsabilidad en la defensa de la cultura nuevamente amenazada por las

<sup>14</sup> Sobre las mutaciones del término “totalitarismo” y su identificación, a partir de los años inmediatos de la segunda posguerra, con el anticomunismo ver Traverso, Enzo, *El Totalitarismo*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

fuerzas oscuras de un “fascismo” resucitado bajo la forma de la degeneración y el guerrerismo imperialista. Pocos podrían dudar, ahora como entonces, de que la presencia en Wrocław de un octogenario Julien Benda –impelido a aplaudir el nombre de Stalin cada vez que era mencionado, y esto ocurría cada pocos minutos– pueda reducirse a un simple engaño o desconocimiento de las razones tácticas que llevaban a los soviéticos a convocar nuevamente los servicios de apoyo de los intelectuales occidentales<sup>15</sup>. En realidad, aun bajo la virulencia exasperada del discurso comunista de Guerra Fría, fueron muchos los que estuvieron dispuestos a conceder que los Estados Unidos preparaba un ataque a la URSS y se alistaron a defenderla con su nombre y su prestigio. En abril de 1949, cuando se realizó el Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz en las ciudades de Praga y París, acudieron a la cita más de 2.500 delegados de todo el mundo y los discursos oficiales afirmaron que se habían recogido más de 500 millones de firmas de adhesión. La paloma de la paz pintada por Pablo Picasso se reprodujo en miles de afiches y en el lapso de pocos meses se convirtió en un ícono de dimensiones planetarias.

La efectividad de la apelación pacifista tuvo en Jean Paul Sartre su máspreciado reconocimiento. Así, mientras en el congreso de 1948 los soviéticos se referían a él como un “chacal” servidor de Wall Street y el existencialismo era considerado el epítome filosófico de la decadencia y la degeneración burguesa; cuatro años después, Sartre se convertía en el más descollante orador del Congreso Mundial de los Pueblos por la Paz celebrado en Viena en 1952. Intelectuales comunistas de todo el mundo, incluido los soviéticos, olvidaron sus recientes insultos y colmaron de aplausos al flamante compañero de viaje. En efecto, bajo la advocación moralmente irreprochable de la defensa de la paz, el movimiento comunista internacional se propuso revitalizar el “compañerismo de viaje” entre los intelectuales occidentales. Para ello apeló a la capacidad movilizadora de organizaciones unitarias creadas en la inmediata posguerra, como la Federación Democrática Internacional de Mujeres, la Federación Mundial de Trabajadores Científicos y la Federación Mundial de la Juventud Democrática. De acuerdo a la nueva estrategia de organización corporativa de la actividad intelectual, promovió la participación de los comunistas en diversos grupos profesionales, o directamente los creó<sup>16</sup>. Todos ellos confluyeron en el Movimiento por la Paz,

<sup>15</sup> Cauté, David, *Compañeros de viaje. Una posdata a la ilustración*, México, Grijalbo, 1973.

<sup>16</sup> Sobre la profesionalización del espacio intelectual comunista luego de la Segunda Guerra Mundial ver Sapiro, Gisèle, “Formes et structures de l’engagement de l’engagement des écrivains communistes en France. De la ‘drôle de guerre’ à la Guerre Froide”, *Sociétés et Représentations*, n° 15, París, 2003, pp. 155-176. Para el caso argentino ver Petra, Adriana, “Intelectuales y política en el

que aunque contaba con la representación de sectores obreros, puso en primera fila a los intelectuales. La palabra autorizada y la capacidad legitimadora de las “personalidades” de la cultura fueron dotadas de un alto valor simbólico. Como afirmaba el incansable Ilya Ehrenburg a propósito de Wroclaw: “En la ciencia, en el arte, no decide únicamente la estadística. El quid no está en el número de delegados, sino en el peso de cada uno de ellos”<sup>17</sup>.

La idea de que la cultura se hallaba “en peligro” articuló el lugar primordial que se le concedió en el discurso comunista, embarcado en la certeza de que en el “frente ideológico” se hallaba la madre de todas las batallas. El sentido de palabras hasta entonces estabilizado en la común batalla contra el nazismo se convirtió en objeto de una constante disputa: paz, democracia, libertad, cultura, pasaron a designar cuestiones distintas, y unos y otros se acusaban de pervertir un sentido juzgado verdadero. En la retórica comunista, los enemigos de la cultura se presentaban con nuevos y sutiles ropajes, aunque en esencia fueron los mismos que apenas ayer habían martirizado el mundo: el fascismo y la guerra. La idea de que los Estados Unidos representaban un nuevo tipo de fascismo fue central en el discurso comunista de los años fríos, pues facilitó operar sobre una sensibilidad preexistente. En la nueva situación, los intelectuales comunistas debían convertirse, para usar la fórmula de poeta Louis Aragon, en “médicos de las palabras”.

El enemigo común de nuestras patrias, ha sido abatido, pero su patrimonio no se ha perdido para todo el mundo. Ya no tiene la traza despreciable de los ejércitos alemanes, no se presenta más con el franco rostro del racismo hitleriano, aun no tiene hornos crematorios. Hay que saber reconocerlo, sé que vosotros lo reconocéis. Pero, como en 1935, no faltarán personas que nos digan que exageramos, que inventamos peligros imaginarios, y que la cultura no está en peligro (...)

La cultura está en peligro, porque si por el momento no son los nazis de ayer quienes la atacan, estos han encontrado un relevo entre aquellos que ayer los combatían, hombres que han convertido en realidad el sueño monstruoso de volver las armas de la libertad contra los combatientes de la libertad. Para esto, para esta inversión de los valores, para hacer aceptar a los pueblos esta negación injusta de la gran fraternidad antifascista, no bastan la bomba atómica y la opresión de clase, necesitan inventar nuevos pretextos, mitos renovados, y enmascarar su propaganda con grandes principios que desvían a los pueblos. Necesitan la confusión del lenguaje y la perversión de las palabras. Para ello,

---

comunismo argentino. Estructuras de participación y ecos locales de la Guerra Fría (1945-1950), en Anuario IEHS, n° 27, Buenos Aires, Universidad Nacional del Centro (en prensa).

<sup>17</sup> “Ehrenburg y el Congreso de Wroclaw”, *Orientación*, 6 de octubre de 1948.

para hacer posible la guerra, deben librar un combate decisivo contra el plan de la cultura. Por ello ponen la cultura en peligro (...)

Hemos aprendido en la hora de peligro a manejar las palabras para ser entendidos por todos, y para el bien y exaltación de la patria. Debemos vigilar que no lleguen a ser las armas de los charlatanes, cuyos juegos solo pueden facilitar la confusión del pensamiento y agravar el peligro que se cierne sobre la cultura, facilitando así el asesinato de la paz (...) Nuestros pueblos y los hombres que son sus representantes en la cultura, tienen el deber de exaltar los valores nacionales de nuestros pueblos, de levantar la barrera al monstruo que renace, cuyas dos cabezas son el fascismo y la guerra, hoy como ayer<sup>18</sup>.

El carácter internacionalista del Movimiento por la Paz se limitó solo a su estructura organizativa, dado que el discurso que lo contenía fue de un marcado tono nacional, de acuerdo con la nueva orientación que desde mediados de 1948 Stalin y la Kominform señalaron para los países dominados por el imperialismo norteamericano. La consigna —explica Gerardo Liebner— era apoderarse de las banderas de lo nacional y la democracia que las burguesías locales habían abandonado por su subordinación a los Estados Unidos. Para los soviéticos, era un mandato valedero tanto para los países “semicoloniales”, para las colonias que luchaban por independizarse, como para los países de Europa occidental que, aunque mantenían imperios coloniales propios, se encontraban igualmente sometidos a los instrumentos económicos, militares y culturales de la dominación imperialista norteamericana<sup>19</sup>. La vinculación de la lucha por la paz con la reivindicación de las “mejores tradiciones nacionales” tuvo efectos diferentes según se considere el espacio de la cultura o de la política. Si en este último aspecto les permitió a los intelectuales comunistas latinoamericanos organizar un discurso de reivindicación de la democracia y defensa de las libertades públicas que pretendía continuar con la herencia liberal y racionalista del siglo XIX (la defensa de la legalidad democrática contra el intervencionismo norteamericano y los dictadores o caudillos que lo favorecían), en el caso de la cultura dio lugar a una compleja tarea de revalorización y descubrimiento de una dimensión “nacional y popular” que era ajena a las direcciones culturales dominantes de esa misma tradición liberal. Las permanentes discusiones sobre la implementación de un modelo de “realismo socialista” adaptado a cada realidad nacional fue uno de los ecos inmediatos, en el terreno de la creación artística, del impulso nacionalista del discurso comunista de la Guerra Fría. Lo mismo puede decir de la reconsideración de la herencia liberal que, en el caso del

<sup>18</sup> Louis Aragon “La cultura en peligro”, *Orientación*, 28 de julio de 1948.

<sup>19</sup> Liebner, op. cit., p. 142.

comunismo argentino, constituía un elemento central de su cultura política desde la década del 30<sup>20</sup>. Luego de la caída del gobierno de Perón en 1955, la cuestión nacional se convirtió en un elemento central de las discusiones intelectuales de la izquierda argentina, en paralelo con una impugnación generalizada de las elites liberales, incluyendo en estas a los socialistas y los comunistas.

### *Los intelectuales y la paz: el caso de María Rosa Oliver*

El Movimiento por la Paz organizó las estructuras del compromiso de los intelectuales con el comunismo durante décadas, adoptando diversos contenidos de acuerdo a la coyuntura internacional y las necesidades de la política exterior soviética: la guerra de Corea, la intervención a Guatemala, el Canal de Suez, la cuestión colonial, el apoyo a los movimientos de liberación nacional, la intervención norteamericana en Cuba... En los países donde existían partidos comunistas fuertes, muchos intelectuales no comunistas decidieron prestarle su apoyo. El caso de Sartre no fue el único. Católicos como Martín Chauffier estuvieron dispuestos a olvidar las ejecuciones y los campos de trabajo que hasta la víspera denunciaron, en la absoluta seguridad de que el peligro de una nueva guerra era responsabilidad de las potencias occidentales. Particularmente en sus primeros años, cuando logró atraer con más éxito a personalidades fuera del mundo comunista, el Movimiento por la Paz fue una organización apoyada en “la amplitud, la fe vibrante y la rigidez de la ciudadela comunista”, exagerando por contraste la dispersión de los intelectuales no comunistas. El movimiento atlantista, afirma Pascal Ory refiriéndose a Francia, no será nunca una propuesta capaz de hacer frente simétricamente al marxismo-leninismo: “sólo se construye con retraso, y respondiendo a una lógica principalmente negativa, la del rechazo del modelo estalinista”<sup>21</sup>.

En la Argentina el éxito del movimiento pacifista impulsado por los comunistas y, en contraste, el fracaso de las organizaciones del frente occidental, no fue tal. Aunque el Movimiento por la Paz en el país se organizó con una ventaja de seis años, no tuvo eco ni arraigo en el campo de la cultura, pues si, como afirmaba Ehrenburg, en este terreno contaba más el nombre que el número, los comunistas argentinos consiguieron miles de firmas pero casi ninguna

<sup>20</sup> Sobre las discusiones sobre la tradición cultural entre los intelectuales comunistas argentinos en este periodo ver Petra, Adriana, “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956), *Contemporánea. Historia y Problemas del siglo XX*, n° 1, Montevideo, 2010, pp. 51-73.

<sup>21</sup> Sirinelli y Ory, op. cit., p. 205.

prestigiosa y su capacidad de convocatoria fue limitada a ciertas figuras o espacios profesionales, como fue el caso del relativo éxito conquistado entre los médicos a raíz de la campaña contra la guerra bacteriológica. Así las cosas, el movimiento quedó constreñido a la esfera de influencia del partido, con algunas pocas excepciones, como la del filósofo Carlos Astrada, quien en el marco del acercamiento al peronismo de 1952 prestó su apoyo al llamado pacifista de los comunistas y permaneció como un particular “compañero de ruta” hasta los primeros años de la década del 60. El recibimiento de Astrada a la familia del compañerismo comunista enterró las ataques furiosos que lo habían tenido como blanco en los años precedentes, en un movimiento que replicaba el caso Sartre y que los comunistas argentinos se encargaron de resaltar, buscando sumar prestigio por una doble acumulación de nombres.

Creemos que en ese rumbo puede encontrarse, efectivamente, la única salvación, la única vitalización de la cultura argentina, y creemos también que dicho gesto del profesor Astrada no puede ser computado como una actitud exclusivamente personal. Por sobre los valores individuales de quien lo asume gravita un proceso de polarización mundial de la conciencia que la política prepotente del imperialismo yanqui está generando en todo el mundo. El caso Sartre ha dado a dicho proceso una calidad internacional. El caso Astrada le asigna una resonancia local que lo esclarece y lo estimula. En este rumbo político nos parece que puede –y debe– establecerse una acción común entre todos cuantos aspiran a preservar la paz del mundo y la soberanía de los pueblos<sup>22</sup>.

La “intelectualidad democrática” argentina no acudió al llamado y, por el contrario, polarizó su conciencia del lado de las posiciones del frente cultural occidental, apoyando la constitución en el país del Congreso por la Libertad de la Cultura, una organización de intelectuales no comunistas y anticomunistas creada en Berlín en junio de 1950 bajo los auspicios de Arthur Koestler, Denis de Rougemont, Ignazio Silone, James Burnham, Germán Arciniegas, Guido Piovenne, Arthur Schlesinger, Upton Sinclair y Tennessee Williams, entre otros<sup>23</sup>. Bajo el paraguas aglutinador del antitotalitarismo, la sede argentina del Congreso, fundada en diciembre de 1955, acogió a los más prestigiosos intelectuales del

<sup>22</sup> “El caso Astrada”, en *Cuadernos de Cultura*, n° 9/10, Buenos Aires, enero de 1953. Ver también el reportaje a Carlos Astrada publicado en *Propósitos*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1952.

<sup>23</sup> Sobre el Congreso por la Libertad de la Cultura se puede consultar los trabajos de Coleman, Peter, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*. New York, The Free Press, 1989, y Stnor Saunders, Frances, *La CIA y la Guerra Fría Cultural*. Madrid, Debate, 2001.

país, las figuras más importantes de la universidad postperonista, además de políticos provenientes de diferentes partidos “progresistas”, particularmente los socialistas, pero también los radicales, los demoprogresistas y los demócratas cristianos. Con el apoyo clave de Victoria Ocampo y la revista *Sur*, en torno a este espacio se creó una densa red de revistas, editoriales y encuentros a escala latinoamericana, que contaron con la participación de personalidades de enorme prestigio y convocatoria que en no pocas ocasiones “empequeñecían” a los raleados contingentes de intelectuales comunistas amantes de la paz<sup>24</sup>.

Esta situación le otorgó una importancia estratégica a la figura de María Rosa Oliver, pieza clave del Movimiento por la Paz en la Argentina<sup>25</sup>. Para los comunistas, Oliver representaba un doble logro: era una intelectual burguesa que, desertando de sus compromisos de clase, ponía su prestigio al servicio de una causa universal y humanitaria, y era, al mismo tiempo, una eficaz organizadora cultural capaz de disponer de su red de relaciones para la conformación de iniciativas frentistas a escala continental. El partido no dejó de cortejarla y explotar públicamente su adhesión en cuanto encuentro nacional o internacional se realizara, compensando el creciente malestar que estas compañías comunistas despertaban entre sus viejos amigos y colegas liberales. El punto culminante de este sistema de incorporación/exclusión se produjo cuando recibió el Premio Lenin de la Paz en 1958, distinción que bajo el nombre de Premio Stalin, habían recibido Pablo Picasso, Pablo Neruda, Jorge Amado, Pierre Cot, Paul Roberson, Howar Fast, entre muchos otros escritores y artistas<sup>26</sup>. Mientras los comunistas le organizaron un fastuoso homenaje en la

<sup>24</sup> Sobre el Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina ver Janello, Karina, *Intelectuales, revistas, redes editoriales y Guerra Fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y América Latina*, Buenos Aires, Tesis de Maestría inédita, 2011.

<sup>25</sup> Los datos biográficos de María Rosa Oliver han sido reconstruidos en base a sus memorias publicadas con el título *Mi fe es el hombre*, edición acompañada de un cuidado estudio introductorio de Álvaro Fernández Bravo (Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2008), Clementi, Hebe, *María Rosa Oliver*, Buenos Aires, Planeta, 1992, y la entrada “María Rosa Oliver” en Tarcus, Horacio (Dir.), *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 464-465.

<sup>26</sup> El Premio Stalin “Por la consolidación de la Paz entre los pueblos” (luego premio Lenin) fue instituido por el Presidium del Soviet Supremo en diciembre de 1949 con motivo del 70º aniversario de Stalin. Anualmente se otorgaban premios en dos categorías: para ciudadanos de la URSS (técnicos, científicos y escritores y artistas) y para personalidades intelectuales de todo el mundo. El jurado de este premio estaba constituido por un Comité Internacional presidido por Dimitrij Skobelzin (Universidad de Moscú), acompañado en la vicepresidencia por el escritor chino Kuo Mo-jo y el poeta y escritor francés Louis Aragon. El resto de los integrantes eran: Martin Anderson Nexo (escritor danés), John Bernal (profesor de la Universidad de Londres), Jan Dembrowski (profesor de la Universidad de Lodz), Bernhard Kellerman (escritor RDA),

Federación de Entidades Gallegas, desde las páginas de la revista *Sur* se hacía referencia, no sin ironía, al jugoso monto del premio (25.000 dólares), al mismo tiempo que se señalaba la incoherencia de los métodos soviéticos para lograr los fines pacifistas que afirmaban defender<sup>27</sup>. Poco tiempo después, luego de una agria polémica epistolar con Victoria Ocampo, Oliver abandonará la revista a la que había pertenecido por casi 30 años.

María Rosa Oliver provenía de una familia tradicional de la alta burguesía porteña. A los 10 años, un ataque de polio la dejó postrada para siempre y desde entonces deberá moverse con la ayuda de una silla de ruedas. La imposibilidad física nunca fue un impedimento para la que con los años firmará, para el disgusto familiar, sus tarjetas navideñas como “Rosita, la roja”. Aún antes de la fundación de la revista *Sur*, de la que será integrante del comité de redacción desde su primer número y hasta 1958, había trabado amistad con tres hombres que serán determinantes en la formación de una “conciencia americanista” donde la cultura ocupa el lugar de sintetizadora de la heterogeneidad original de la región y sus múltiples tradiciones: el mexicano Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el escritor norteamericano Waldo Frank.

Como Pedro Henríquez Ureña, con quien trabó una gran amistad que se extenderá por todo el largo exilio del escritor caribeño en la Argentina, unirá el humanismo con el antiimperialismo y a estos con la simpatía hacia el socialismo y la Unión Soviética, tal vez porque como aquel conocía de primera mano los Estados Unidos y había vivido en carne propia los límites estrechos de la política de buena vecindad que preludió el enfrentamiento de la Guerra Fría. Con Ureña y uno de sus más reconocidos discípulos, Alfonso Reyes, compartirá también una enorme confianza en las capacidades de la inteligencia americana y, como ambos, se abocó febrilmente a la construcción de redes intelectuales, y asumió para sí el rol de mediadora entre espacios culturales y políticos diversos. El desprecio por los intelectuales que adoptaban una actitud contemplativa y prescindían de la responsabilidad cívica a la que su calidad de miembros de

---

Luneheto Marguesti (profesor de la Universidad de Padua), Michael Savoveanu (escritor rumano), Alexander Fadejev (escritor y secretario de la Unión de Escritores Soviéticos), Illya Ehrenburg y Pablo Neruda. También existía el Premio Internacional de la Paz, otorgado por el Consejo Mundial de la Paz a personalidades sobresalientes en la lucha por la paz, instituido en 1950. Este otorgaba dos millones de francos franceses (el equivalente al Premio Nobel) y los primeros en recibirlo fueron Pablo Neruda (por su poema “Que despierte el leñador), Pablo Picasso (por su paloma de la paz) y el cantante estadounidense Paul Roberson. Cfr. Schidlowsky, David, *Neruda y su tiempo. Las furias y las penas*, vol. 2, Santiago de Chile, RIL, 2008, p. 808.

<sup>27</sup> “Premios literarios argentinos, el Premio Lenin”, *Sur*, n° 250, Buenos Aires, enero y febrero de 1958, pp. 104.

una elite espiritual les obligaba, la acompañará en diversos momentos de su itinerario, incluso cuando deba erigirlo en contra de los que, hasta ayer amigos y casi hermanos, no la secundan en su cruzada por la paz comunista y, más tarde, en su apuesta por el maoísmo y la Revolución cubana. Este conjunto de elementos políticos y culturales conformaron una visión sobre sí misma y sobre su función como escritora que el estrecho vínculo con Waldo Frank reforzó hacia un mayor compromiso con la causa soviética, aunque más tarde esta adhesión siga caminos inversos<sup>28</sup>. En efecto, mientras Frank toma distancia de la URSS y del Partido Comunista norteamericano luego de los procesos de Moscú, la escritora argentina se involucrará cada vez más en la causa soviética desde fines de la década siguiente.

Como lo fue para casi toda una generación de intelectuales argentinos, el evento catalizador de su acercamiento a la vida política fue la Guerra Civil española. De su participación en las organizaciones antifascistas (Unión de Mujeres Argentinas, Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles) y, luego de la invasión alemana a la URSS, ayudistas (Junta por la Victoria), extraerá una importante experiencia organizativa y, por supuesto, una red de vínculos perdurables, entre los que no faltarán comunistas célebres como Pablo Neruda y Jorge Amado. Para esa época, sin embargo, su relación con el comunismo era distante, sobre todo por el disgusto estético e intelectual que le producía la “aridez de espíritu” de los camaradas locales, a quienes, afirmaba, no podía escuchar sin experimentar la irremediable sensación de “estar mascando corcho”<sup>29</sup>.

Entre 1942 y 1945, Oliver trabajó como asesora del departamento de Asuntos Culturales de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, creada en 1940 como parte de la política de “buena vecindad” de la administración del presidente Theodor Roosevelt. Este organismo estaba dirigido por Nelson Rockefeller y trabajaba bajo la órbita del vicepresidente de la nación, Henry Wallace. Nuevamente, sus dotes para la “public relations” ampliaron su campo de acción y le granjearon amistades perdurables, empezando por el propio Wallace, un granjero oriundo de Iowa que siendo vicepresidente de los Estados Unidos se convirtió en el más importante y visible compañero de viaje de la URSS<sup>30</sup>. Pero lo decisivo de esta experiencia fue que le puso en evidencia que la política

<sup>28</sup> Sobre la relación de Waldo Frank con la Argentina ver Tarcus, Horacio, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001.

<sup>29</sup> Oliver, op. cit., p. 68.

<sup>30</sup> Cauter, 1973, op. cit., pp. 371-375.

exterior norteamericana estaba lejos de los fines altruistas y desinteresados que imaginaba. Por primera vez toma conciencia de que las causas que defiende pueden no ser “químicamente puras”, descubrimiento que no le basta para sustraer su empeño en apoyarlas

(...) sé también que en las causas más dignas de ser defendidas se infiltran elementos espurios y que en las guerras más que en las revoluciones gravitan factores innominables. Aceptar la existencia de esos elementos no significa ponerse a su servicio, siempre que admitamos el deber de combatirlos luego y estemos dispuestos a cumplir esa etapa después de la cual se iniciará otra. Y después otra y así sucesivamente e infinitamente. Porque cada etapa es un paso adelante que el hombre da en su lucha por sobrevivir y realizarse. Detener esa marcha es retroceder o sucumbir. Me es imprescindible recordar estos lugares comunes ante cada evidencia de que la causa que defiendo no es químicamente pura<sup>31</sup>.

Pero además, el despliegue técnico y el “mercantilismo” exacerbado le producen incomodidad y temor. Y aunque su disgusto por la producción en serie y la inclinación por lo sintético del *american way of life* no dejaba de tener un tono de original aristocratismo, aún así: “Me rebelaba ante el hecho, cada vez más obvio, de que las cosas no eran fabricadas para servir al hombre sino para servirse de él<sup>32</sup>.”

Con esta convicción retornó a Buenos Aires. En 1948 participó de *Nueva Gaceta*<sup>33</sup>, integrando su consejo de redacción y un año después su firma apareció en *Orientación*, apoyando, mediante su participación en la Asociación de Amigas de la Paz, la constitución del Comité Argentino por la Paz, cuyo secretariado comenzará a reunirse en su casa de la calle Guido, en el barrio porteño de Recoleta<sup>34</sup>. En julio de 1951 integró la presidencia de la III Conferencia Nacional por la Paz realizada en Mendoza. Desde entonces asiste como delegada de los intelectuales argentinos a los sucesivos congresos pacifistas (Varsovia,

<sup>31</sup> Oliver, op. cit., p. 156.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 323.

<sup>33</sup> Revista que publicó cuatro números entre octubre y noviembre de 1949. Estaba dirigida por el intelectual comunista Héctor P. Agosti, Enrique Policastro y Roger Plá. Tomaba su nombre de la publicación de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), la más importante iniciativa antifascista en el terreno de la cultura que actuó entre 1935 y 1943, cuando fue clausurada por el gobierno de facto luego del golpe de Estado de 1943.

<sup>34</sup> *Orientación* fue un importante seminario comunista que apareció entre 1935 y 1943, cuando fue clausurado en el mismo contexto que *Nueva Gaceta*. Volvió a publicarse entre 1945 y 1950 bajo la dirección de Ernesto Giudici, cuando fue clausurado nuevamente, esta vez de forma definitiva.

Viena, Roma, Helsinki, Moscú...) y ocupa un puesto clave en la organización del Congreso Continental de la Paz celebrado en Montevideo en 1952 y en el Congreso Continental de la Cultura que reunió en Santiago de Chile, en junio de 1953, a una constelación de grandes escritores y artistas latinoamericanos<sup>35</sup>. Las impresiones de estos encuentros y viajes tomaban la forma de esperanzados artículos que publicaba en el semanario *Propósitos*, dirigido por el escritor y director del Teatro del Pueblo, Leónidas Barletta. Desde su creación en 1951, dirigió *Por la Paz*, órgano de la Consejo Argentino por la Paz, luego reemplazado por *Vocero de la Paz*.

Durante su estadía en el Congreso de Viena, fue invitada por las autoridades soviéticas a recorrer el mundo comunista. María Rosa celebró la Navidad de 1952 en Moscú, para luego partir a China, su próxima escala. El impacto que le produce esta visita será determinante y de algún modo marcará su alejamiento del mundo comunista. La *liaison passionelle* que la unió a la patria del socialismo durante más de 20 años tomó la forma del descubrimiento chino, como sucederá con muchos compañeros de ruta en todo el mundo<sup>36</sup>.

### *La clave organizativa: el caso de Ernesto Giudici*

Si María Rosa Oliver se convirtió en el modelo del compromiso intelectual público que los comunistas deseaban transmitir (alguien capaz de sobreponerse a su origen de clase e incluso romper con sus viejas amistades en nombre de una causa superior), fue el trabajo de un viejo camarada formado en el espíritu antiimperialista de los 20 el que dotó al movimiento pacifista de una organización perdurable. En efecto, Ernesto Giudici era tal vez el intelectual comunista mejor preparado para articular la fuerza emocional de la convocatoria antibelicista con un discurso antiimperialista propiamente antinorteamericano. Figura destacada del ala antiimperialista del movimiento reformista, Giudici se formó bajo la tutela intelectual de José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos y José Ingenieros, desarrollando desde su juventud una postura política latinoamericanista y una interpretación humanista del marxismo. Como muchos otros intelectuales comunistas argentinos, Giudici vio truncada su carrera universitaria debido a

<sup>35</sup> Sobre algunos aspectos del Congreso Continental de la Cultura ver Germán Alburquerque, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y guerra fría*. Santiago de Chile, Ariadna, 2011.

<sup>36</sup> María Rosa Oliver dejó escritas sus impresiones sobre China en el libro *Los que sabemos hablamos... Testimonios sobre la China de hoy*, escrito en coautoría con Norberto Frontini, Buenos Aires, Botella al Mar, 1955.

su militancia política. En 1932, cuando faltaban pocos meses para que recibiera el título de médico, fue expulsado de la Universidad de Buenos Aires por sus denuncias contra la dictadura de Evaristo Félix Uriburu. A consecuencia de este cercenamiento, se abocó con mayor intensidad al periodismo y la militancia política. Luego de un paso de cuatro años por el Partido Socialista, se afilia al PCA en 1934. Un año después funda la Liga del Pensamiento Materialista y comienza una febril militancia en los medios antifascistas, lo que lo dotó de una gran pericia en la constitución de organizaciones frentistas<sup>37</sup>. Hasta 1973, cuando en el contexto del gobierno peronista de Héctor Cámpora, renuncia al partido, Giudici fue un militante convencido, aunque no necesariamente sumiso. Se desempeñó como jefe de redacción del diario partidario *La Hora*, fue director del periódico *Orientación* y más tarde dirigió *El Popular*. Fue apoderado del partido y responsable de frente universitario. Debido a su sólida formación marxista, que solo un puñado reducido de intelectuales del partido poseían, intervino en sonadas polémicas sobre diversos aspectos del materialismo dialéctico y en varias ocasiones defendió posturas “heterodoxas” respecto a la estrechez teórica y la rigidez conceptual de la institución partidaria.

Para Giudici, el discurso que vinculaba la voluntad expansionista de los Estados Unidos con el renacimiento del fascismo no resultaba un giro novedoso. Ya en 1940, en *Imperialismo inglés y liberación nacional*, había argumentado que la solidaridad con la URSS no debía hacer olvidar que en la Argentina y en América Latina la lucha contra el imperialismo era prioritaria, afirmación que le valió los elogios del escritor nacionalista de origen radical Raúl Scalabrini Ortiz y de su camarada el historiador Rodolfo Puiggrós, expulsado del partido en 1946 por su simpatía con el peronismo<sup>38</sup>.

Giudici convocó a los intelectuales a militar por la paz en el “campo específico de las ideas”, lo que en esos momentos iniciales significaba, por un lado, combatir y denunciar el “irracionalismo” bajo su forma de filosofía existencialista y arte “decadente”, por el otro, reflejar la realidad del atraso y la dependencia de los pueblos latinoamericanos en “el repudio a un modo de vida norteamericano que reedita el mito nazi de la superioridad racial y de la violencia, con una gran dosis de envilecimiento mercantil. Es la mecanización

<sup>37</sup> Sobre Giudici se puede consultar la entrada “Ernesto Giudici”. En Tarcus, 2007, op. cit., pp. 253-265 y Kohan, Néstor, “Ernesto Giudici, herejes y heterodoxos en el comunismo argentino”, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000, pp. 113-171.

<sup>38</sup> Cfr. Kohan, op. cit., pp. 132-133.

brutalizada unida al estancamiento feudal”<sup>39</sup>. Desde su puesto estratégico en la secretaría general del Movimiento por la Paz, la que ejerció hasta 1954, acompañó las gestiones de diversos presidentes, todos ellos simpatizantes y amigos que le otorgaban a la organización el carácter amplio que toda iniciativa frentista necesitaba.

El Comité Argentino por la Paz comenzó sus tareas en marzo de 1949 mediante un manifiesto en apoyo a la convocatoria del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz firmado por más de 120 “personalidades” encabezadas por el escritor Leónidas Barletta, esforzado compañero de viaje de los comunistas. El manifiesto fue publicado en la portada de *Orientación*, el 30 de marzo, el mismo día en que el presidente Juan Domingo Perón dejaba inaugurado en Mendoza el Primer Congreso Nacional de Filosofía, al que los comunistas calificaron como un acto concreto de la regresión a escala argentina de la decadencia imperialista mediante la imposición de una ideología “antimayo”<sup>40</sup>.

Compartiendo los profundos anhelos de paz expresados en el llamado de los organizadores del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz y considerando que la lucha contra los provocadores de la guerra se convierte hoy en la tarea central de todos los hombres y mujeres amantes del progreso, la democracia y la libertad e independencia de sus países, nosotros, en nombre propio, y haciéndonos intérpretes de los mejores sentimientos y tradiciones del pueblo argentino, hacemos llegar nuestra adhesión a los organizadores de ese congreso a celebrarse el próximo mes de abril, siendo también nuestro propósito constituir una comisión nacional que, además del envío de delegados a dicho congreso, trabaje en forma permanente a favor de un amplio movimiento de esa naturaleza en la Argentina<sup>41</sup>.

Entre las cinco primeras firmas del Manifiesto por la Paz se encontraban la de Alejandro Ceballos, prestigioso médico y profesor universitario que pocos años después reemplazaría a José Luis Romero como rector de la Universidad de Buenos Aires; el juez y escritor Horacio Dobranich; el pintor Juan Carlos Castagnino y el Presidente de la Federación Universitaria Argentina, Wolfram

<sup>39</sup> Ernesto Giudici, “Los intelectuales por la paz, el progreso y la cultura”, *Orientación*, 30 de abril de 1949.

<sup>40</sup> Con ideología “antimayo” se hacía referencia a aquellas posturas que rechazaban la completa separación de la herencia hispánica y, por lo tanto, el movimiento independista iniciado en mayo de 1810.

<sup>41</sup> “En defensa de la paz. Importantes personalidades y organizaciones de nuestro país apoyan el congreso de París”, *Orientación*, 30 de marzo de 1949.

Luthy<sup>42</sup>. Aunque no se trataba estrictamente de un manifiesto de intelectuales, estos estaban claramente sobrerrepresentados en relación con los dirigentes estudiantiles, políticos y obreros, según la clasificación que precedía el listado de los firmantes. Apelando a un “efecto de título” utilizado por las izquierdas desde el Caso Dreyfus, el Movimiento por la Paz organizó su legitimidad acompañando cada vez que fue necesario el nombre de los adherentes o simpatizantes con la mención de su profesión o diploma. No por casualidad, los máximos referentes de los partidarios de la Paz eran científicos inminentes como Frédéric Joliot Curie y Aimé Cotton –dos “sabios”, como gustaban llamarlos los diarios comunistas–, y grandes artistas como Pablo Picasso y Paul Eluard.

En tanto forma de movilización de los intelectuales en torno a un acontecimiento, y acontecimientos en sí mismos, los manifiestos y los petitorios son útiles herramientas para trazar un “retrato social” de las fracciones del campo intelectual en un momento dado (Charle 2009: 125). En el caso del “Manifiesto por la Paz”, publicado en marzo de 1949, convocando a la organización de una comisión argentina que retomara el llamamiento lanzado en París, la composición social y profesional de la lista de adhesiones puede indicar algo sobre la geografía del compromiso intelectual con el comunismo en aquellos años. Como ya mencionamos, la jerarquía otorgada a las profesiones intelectuales en el orden de presentación indica claramente el lugar que los organizadores le asignaban a este grupo social en la legitimación de su cruzada pacifista, aunque también podría indicar que fueron los intelectuales, y no los obreros, los que acudieron al llamado de los sabios y artistas parisinos. De los 120 firmantes que *Orientación* eligió para publicar en su portada, el 92, 2% pertenecían a categorías intelectuales en un sentido general y solo el 3,3 eran dirigentes obreros. Dentro de las categorías intelectuales sobresalían claramente las profesiones literarias y artísticas (escritores: 18 %, pintores y dibujantes: 13%) y los médicos y odontólogos (18 %), seguidos de los periodistas (11 %), los dirigentes estudiantiles (9 %), las profesiones jurídicas (7%) y las profesiones científicas (químicos, bioquímicos, farmacéuticos 6%). En último lugar se agrupaban los docentes, los ingenieros y los escribanos, que en conjunto no representaban más del 3% de los firmantes. Las agrupaciones profesionales estaban escasamente representadas, con la excepción de la Confederación Farmacéutica y Bioquímica Argentina y la Asociación Argentina de Actores. Ni la SADE, ni la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos (SAAP), ni el Colegio Libre de Estudios Superiores, para nombrar organizaciones en las que

<sup>42</sup> “En defensa de la Paz”, *Orientación*, 30 de abril de 1949.

los comunistas tenían cierta participación, prestaron su apoyo a la iniciativa, y aunque muchos de sus socios colaboraron a título personal, la mayor parte de la elite intelectual del espacio liberal se negó a prestar su nombre al llamado pacifista, al que calificaban, a tono con la gran prensa, como la “paz soviética” o la “paz comunista”<sup>43</sup>.

El Comité Argentino de Partidario de la Paz conformó provisoriamente su primera comisión directiva con una estructura que será clásica: legisladores y dirigentes radicales y profesionales y escritores, fueran comunistas o simpatizantes. Un extrapartidario ocupando la presidencia y un comunista ocupando la secretaría general, puesto este que será adjudicado a Ernesto Giudici a lo largo de las presidencias sucesivas de Carlos Fernández Ordoñez (abogado cordobés de extracción radical), Emilio García Iturraspe, Norberto Frontini (abogado y escritor), Eduardo Aleman y Alberto Casella (ingeniero)<sup>44</sup>.

Los comunistas argentinos estuvieron representados en los diversos congresos que se multiplicaron alrededor del mundo en nombre de la paz. A Wroclaw asistió Alfredo Varela, en calidad de miembro de la dirección del diario *La Hora* y destacado escritor. Sobre esa experiencia publicó un extenso artículo en *Orientación*, donde detallaba su confraternización con Pudovkin, Picasso, Fadeyev, el Dean de Canterbury y Michel Prenant. Lo mismo hizo Fanny Edelman refiriéndose al Segundo Congreso de la Federación Democrática Internacional de Mujeres y el músico Atahualpa Yupanqui, miembro de la delegación de 22 jóvenes que participaron en el Congreso de la Federación Mundial de la Juventud Democrática celebrado en Budapest en setiembre de 1949<sup>45</sup>. Una vez conformado el movimiento en Argentina, las delegaciones se hicieron más nutridas. Al segundo congreso de los Partidarios de la Paz, celebrado en Praga y París en abril de 1949, asistieron 14 delegados en representación de distintos

<sup>43</sup> La negativa de las autoridades del Colegio Libre de Estudios Superiores a firmar el manifiesto pacifista fue particularmente condenada por los comunistas, pues la presentaron con una traición al legado de Aníbal Ponce –uno de sus fundadores– y un síntoma de la decadencia en la que había caído la institución. Cfr. “Esto sucedió”, *Orientación*, 6 de abril de 1949.

<sup>44</sup> La comisión directiva provisoria del Comité Argentino por la Paz, creado bajo los auspicios del manifiesto de adhesión al Congreso de París, estuvo integrado por: Romeo Bonazzola (diputado nacional), Manuel Armengol (abogado), Norberto Frontini (abogado), Ernesto Giudici (escritor), C. Rodríguez Otaño (escritor), Gregorio Bermann (profesor universitario), Wolfram Luthy (presidente de la FUBA), Jorge Thénon (médico) y Tomás Ide (diputado provincial de Buenos Aires).

<sup>45</sup> Varela, Alfredo, “La fraternidad de los intelectuales”, *Orientación*, 17 de noviembre de 1948, Atahualpa Yupanqui, “Budapest, la ciudad donde se encontró la juventud”, *Orientación*, 14 de setiembre de 1949, y Fanny Edelman, “El Segundo Congreso Mundial de Mujeres”, *Nueva Era*, Buenos Aires, nº 1, abril de 1949.

sectores y organizaciones sociales o profesionales, todos, con la excepción de Fernández Ordoñez, afiliados al partido, incluyendo miembros del Comité Central<sup>46</sup>. En una práctica que era usual en el régimen de compensaciones que organizaba la vida intelectual partidaria, ser designado como delegado para asistir a un congreso en el que era posible codearse, como sucedió en París, con una constelación brillante de artistas, escritores y científicos, a menudo se relacionaban con una recompensa a la observancia de la disciplina partidaria. Rara vez los díscolos eran merecedores de tales premios, como puede comprobarse en la ausencia de todos los escritores que habían sido amonestados en las purgas antivanguardistas de los meses previos<sup>47</sup>.

En el congreso de París quedó conformado un Comité Permanente del Movimiento, cuyos objetivos eran esencialmente organizativos y propagandísticos. Entre sus integrantes destacaban los franceses, como Joliot Curie, que fue designado presidente, Pablo Picasso, Aimé Cotton y Pierre Cot, aunque había representación latinoamericana: Juan Marinello, de Cuba, Julia Arévalo, de

<sup>46</sup> El congreso se realizó en Sala Pleyel, con la presencia de más de 2.000 delegados de 72 países. Según informó la prensa comunista los delegados se repartieron en las siguientes proporciones: 719 intelectuales, 665 obreros, 316 profesionales liberales, 49 profesionales industriales, 37 campesinos, 163 eclesiásticos, 152 escritores, 31 hombres de ciencias, 73 artistas, 34 médicos y 405 de profesiones diversas. Cfr. “Aspectos de la gran reunión”, *Orientación*, 11 de mayo de 1949. Aunque las categorías no sean del todo claras, lo que sí resulta evidente es el peso que las “profesiones intelectuales” tuvieron sobre la representación obrera y campesina. La delegación argentina estuvo conformada por Carlos Fernández Oroño, Irma Othar (dirigente obrera), Gerarda Scolamieri (maestra), Benitto Marianetti (abogado y miembro del CC), Alcira Pérez Peñalba (médica), Rubens Iscaro (dirigente obrero), Julio Peluffo (médico), Pedro Fontana (ingeniero), Sara Raier, Jorge Viaggio (médico), Mauricio Birgin (abogado) y Electra Luppi. Algunos delegados no pudieron salir del país por problemas de visado o por haberseles negado el pasaporte, entre ellos: Juan Carlos Castagnino, Eter Giolito, Rodolfo Aráoz Alfaro, Wolfran Luthy y Yuqueri Rojas. Cfr. “Delegados argentinos al congreso de París”, *Orientación*, 27 de abril de 1949. La prensa comunista afirmó que en aquella oportunidad la delegación argentina entregó 250.000 fichas de adhesión al Movimiento por la Paz. Cfr. Benito Marianetti, “Al luchar por la Paz continuamos las mejores tradiciones nacionales”, *Orientación*, 4 de mayo de 1949.

<sup>47</sup> Raúl Larra contó en una entrevista que su nombre fue retirado del manifiesto por la Paz de 1949 al que nos hemos referido, por orden de Juan José Real, entonces Secretario de Organización del Partido. Según Larra, enterado de esta situación, fue a pedirle explicaciones a Real, quien le sugirió que si se ponía en línea respecto a las directivas del partido en cuestiones culturales podría viajar al congreso de París, lo que no sucedió (Entrevista a Raúl Larra, 1989. Gentileza de Alicia García Gilabert). Las llamadas “purgas antivanguardistas” fueron realizadas en el mes de agosto de 1948 en el contexto del intento del PCA por imponer los criterios estéticos y filosóficos codificados por Andrei Zhdánov en las resoluciones del PCUS de 1946-1948. En aquella ocasión fueron expulsados los artistas ligados al movimiento Arte Concreto Invención y el crítico de arte Cayetano Córdova Iturburu, y sufrieron serios cuestionamientos el ensayista Héctor P. Agosti y los escritores Raúl Larra y José Portogalo, entre otros.

Uruguay, Pablo Neruda, de Chile, Jorge Amado, de Brasil, Lázaro Cárdenas y Vicente Lombardo Toledano, de México. Los representantes argentinos eran el psiquiatra Julio Luis Peluffo y la educadora Gerarda Scolamieri<sup>48</sup>. Al mismo tiempo, por decisión de la Kominform, quedó establecida una Sección de Propaganda para América Latina, bajo la secretaría general de Jorge Amado, cuya primera tarea fue la inauguración de una “Asociación de la América Latina”, presidida por el escritor venezolano Roberto Ganzo. Según un informe del embajador chileno en París, el objetivo de este organismo era

(...) incrementar la propaganda comunista en América Latina, aprovechando la influencia que la cultura francesa ejerce en esa parte de nuestro continente. Su acción deberá desarrollarse especialmente en los medios más cultos, utilizando a los intelectuales como fuerza de choque (...). El primer resultado de este plan fue la inauguración de la “Asociación de la América Latina” que tratará de agrupar numerosos estudiantes e intelectuales latinoamericanos residentes aquí. Esta institución, que tiene su sede en 5 rue de l’ Observatoire será presidida por el escritor venezolano Roberto Gango (sic) y actuará como secretario el brasileño Israel Pedraza. Inauguró sus labores el 28 de abril con una velada literaria en el que hicieron uso de la palabra Neruda, Amado, Guillén, Marinello. Este último anunció que un congreso latinoamericano de la Paz se celebrará en México el 1º de agosto<sup>49</sup>.

El Movimiento por la Paz aglutinó el trabajo de varias organizaciones promovidas por los comunistas. La Unión Argentina de Mujeres y la Agrupación Cultural Femenina fueron artífices principales de la campaña de recolección de firmas y de la organización del Congreso Nacional mediante el trabajo de la Comisión Central Pro Congreso de la Paz. También participaron la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y la Unión de Jóvenes Patriotas Argentinos, además de otras organizaciones creadas ad hoc, como el Movimiento Antiimperialista por la Paz y la Democracia, las Amigas de la Paz, la Comisión Nacional Obrera por la Paz, el Movimiento Juvenil por la Paz, Universitarios por la Paz...

Durante los meses de julio y agosto, los escritores y los artistas plásticos emitieron sus propios manifiestos de apoyo al Congreso Nacional por la Paz que se había puesto en marcha. El de los artistas plásticos estaba encabezado por las firmas de Juan Bonome, presidente de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, Antonio Berni, Abraham Vigo, Enrique Policastro, Luis Falcini, Carlos Giambiaggi y Medrano Pantoja. Al frente del manifiesto de los escritores se

<sup>48</sup> “El congreso de París”, *Orientación*, 4 de mayo de 1949.

<sup>49</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Archivo General Histórico de Chile, Vol. 2528, 1947: Comunismo en Europa, citado en Schidlowsky, op. cit., p. 786.

contaban las adhesiones de José Barreiro, José Pedroni, Ernesto Castro, Elías Castelnuovo, Jacinto Grau, Carlos Ruiz Daudet, Ernesto Morales, Alvaro Yunque, Max Dickman, Lázaro Liacho, entre otros<sup>50</sup>. Al mismo tiempo, por iniciativa de la SAAP, la Asociación de Estímulo de Bellas Artes, la Agrupación Cultural Femenina, el Comité Argentino por la Paz y el Centro de Estudiantes de Bellas Artes, se organizó un concurso de afiches y viñetas cuyo primer premio era el grabado “Levantado Anclas”, donado por Benito Quinquela Martín. Un jurado integrado por Antonio Berni, Enrique Policastro, Demetrio Urrúchua, Carlos Giambiaggi, Bartolomé Mirabelli y Marina Bengoechea premió los trabajos de Luis Pellegrini (afiches) y Raúl Monsegur (viñetas), los que fueron expuestos en la sede del Comité Argentino por la Paz, ubicado en la calle Cerrito al 1147<sup>51</sup>.

Bajo la inspiración del encuentro de París, el I Congreso Nacional por la Paz se realizó en la ciudad de La Plata los días 18 y 19 de agosto de 1949, con la presencia de 1.200 delegados de distintos puntos del país, pero lejos del clima de camaradería que envolvió a los congresales parisinos por las calles del Quartier Latine. El acto fue prohibido, el teatro Coliseo clausurado y cerca de 200 delegados terminaron detenidos en las dependencias policiales platenses, inaugurando el Gobierno una práctica persecutoria que fue casi permanente y, aunque particularmente virulenta y sistemática en Argentina, habitual en el resto de los países occidentales<sup>52</sup>. En este marco, el congreso sesionó, conformó sus autoridades y emitió una declaración en la que se pronunciaba en contra del Pacto Atlántico y de los Pactos de Río de Janeiro y Bogotá, denunciaba los intentos de sabotear a la Organización de las Naciones Unidas, condenaba el colonialismo, el armamentismo, los golpes de Estado y los planes de ayuda económica promovidos por los Estados Unidos para la región. El Comité Permanente de Partidarios de la Paz quedó constituido bajo la presidencia de honor de Carlos Fernández Ordoñez (que en ese momento estaba preso en Córdoba), la presidencia de Carlos García Iturraspe y 31 vocales organizados en representación de las diversas organizaciones pacifistas, de profesiones u

<sup>50</sup> “Manifiesto de los artistas plásticos”, *Orientación*, 10 de agosto de 1949 y “Manifiesto de los escritores argentinos por la Paz”, *Orientación*, 13 y el 27 de julio de 1949.

<sup>51</sup> Sobre el concurso ver *Orientación* del 20 de julio de 1949 y del 16 de agosto de 1949.

<sup>52</sup> Las denuncias sobre detenciones y vejámenes, particularmente a las mujeres, por parte de la policía y la Sección Especial eran habituales en la prensa comunista. En otros países, el acoso solía ser menos explícito y a menudo se traducía en trabas impuestas a los congresos y reuniones o prohibiciones del ingreso a los delegados extranjeros cuando se celebra un encuentro internacional. Esta fue la táctica del gobierno británico en 1950, cuando detuvo la entrada de la mayor parte de los delegados que llegaron para celebrar el tercer Congreso de Partidarios de la Paz que debía celebrarse en Sheffield, obligando a los organizadores a trasladarse a Varsovia.

oficios y de las diversas provincias presentes. Juan Jacobo Bajarlía representó a los escritores, Antonio Berni a los pintores, Julio Peluffo a los médicos, Felipe Freyre a los ingenieros, Daniel Vila a los economistas, Manuel Armengol a los abogados, Francisco Petrone a los actores, Urbano Rodríguez a los maestros, Isidro Maiztegui a los músicos, Luis Falcini a los escultores y José P. Barreiro a los periodistas. La dirección efectiva del movimiento quedó a cargo de una Junta Consultiva integrada por los miembros del Comité que residían en la Capital Federal, por lo que la presidencia recayó en Norberto Frontini y la secretaría, en Ernesto Giudici<sup>53</sup>.

Al mes siguiente, la ciudad de México recibió a 1.500 delegados provenientes de 19 países de América Latina, Estados Unidos y Canadá para celebrar el Congreso Continental por la Paz, patrocinado por una comité donde revistaban algunos de los más importantes intelectuales y artistas latinoamericanos: Arthur Ramos, Pablo Neruda, Oscar Niemeyer, Cándido Portinari, Jorge Amado, Caio Prado Jr., Graciliano Ramos, Edison Carneiro (Brasil); Pablo Neruda (Chile), Joaquín García Monje (Costa Rica); Fernando Ortiz, Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring, Nicolás Guillén (Cuba); Ismael Cosío Villegas, Alfonso Reyes, María Félix, Diego Rivera, Jesús Silva Herzog, David Alfaro Siqueiros, Luis Garrido (México), Rogelio Sinán (Panamá), Miguel Otero Silva (Venezuela), José Luis Massera (Uruguay), entre otros<sup>54</sup>. En la Argentina, integraban el grupo promotor, según lo anunciaba *Orientación*: Alejandro Ceballos (profesor universitario), Antonio Berni (pintor), Francisco Petrone (actor de cine), Telma Reca (médica), Rodolfo Ghioldi (periodista), Ernesto Morales (escritor), Gerarda Scolamieri (educadora), Horacio Dobranich (magistrado), Rubens Iscaró (dirigente sindical), Ernesto Giudici (escritor), Carlos Fernández Ordóñez (abogado), Margarita del Ponce (educadora), Jorge Romero Brest (escritor), Alcira de la Peña (dirigente femenina) y Emilio Troise (médico)<sup>55</sup>.

En la Arena de México, ante más de siete mil personas que coreaban los himnos nacionales al ingreso de cada delegación, entre las mujeres indígenas con su poncho rojo, Ernesto Giudici pudo recordar su participación en el congreso montevideano de 1933 para, con acentos arielistas, trazar un perfil de la cultura norteamericana:

<sup>53</sup> “Declaración y llamamiento del Congreso Argentino de Partidarios de la Paz”, *Orientación*, 24 de agosto de 1949.

<sup>54</sup> “Personalidades que auspician el congreso de México”, *Orientación*, 18 de agosto de 1949.

<sup>55</sup> Cfr. “Patrocinantes del Congreso de México”, *Orientación*, 24 de agosto de 1949.

Los que hasta en Francia lo “americanizan” todo no iban a disimular, en América, su mal gusto y grosería. Ausente el hombre de la concepción “americana” de la existencia, muerto el arte en medio de los hierros de una estructura metálica sin alma, destácase el yanqui en medio de los demás por su frialdad utilitaria y sus corbatas provocativas. Cree que basta el dinero para poseer una obra de arte. Se lleva las cosas hechas por los indígenas y por una artesanía que conserva todavía la unidad entre el trabajo y el arte, la utilidad y la belleza, pero en su concepto ambas cosas siguen disociadas. Lo útil es una barra cromada, o es material plástico, lo bello es mero adorno que está afuera de las cosas útiles. Y quiere el yanqui uniformar la vida con su industria, sus diarios y su cine matando todo germen autóctono, que nosotros defendemos no para mantenerlo en su primitivismo sino para desarrollarlo en sus rasgos propios en lo general. No vamos a oponer lo indígena estancado a lo industrial progresista, como es falso oponer lo gauchesco a las nuevas expresiones sociales del progreso, pero queremos que ese cambio se haga por el desarrollo mismo de las cosas sin matarlas desde afuera. No queremos desarrollo técnico en contra del hombre y la integridad de su pensamiento sino para servir al hombre en la plenitud de sus posibilidades<sup>56</sup>.

Los avatares del Movimiento por la Paz fueron, en la Argentina como en el resto del mundo, un espejo de las necesidades políticas de la Guerra Fría. La lucha por la paz era, se afirmaba, la madre de todas las batallas y la vara con la cual medir los aliados y los enemigos. Para los comunistas argentinos, el punto álgido de este modo de concebir las políticas unitarias fue el viraje que experimentó la política exterior peronista hacia 1952, cuando las relaciones del gobierno con los Estados Unidos entran en una profunda crisis y las caracterizaciones partidarias sobre su carácter antiimperialista decidan un conflictivo apoyo. Así, si en 1950 la “tercera posición” era definida como una “cortina de humo” que pretendía ocultar al pueblo la capitulación del gobierno frente a los monopolios imperialistas, en 1952 el joven dirigente peronista John William Cooke explicaba en Viena la original postura tercerista de su gobierno<sup>57</sup>. Por su parte, el Consejo Mundial ya no invitaba a sus congresos al liberal Roberto Giusti, sino al ex sacerdote nacionalista católico Leonardo Castellani<sup>58</sup>.

<sup>56</sup> Ernesto Giudici, “Realidades americanas en el Congreso de México”, *Orientación*, 2 de noviembre de 1949.

<sup>57</sup> “J. Cooke, Frontini y Esquivel, delegados argentinos, proclamaron en Viena la pasión antiimperialista de nuestro pueblo y sus deseos de Paz”, *Nuestra Palabra*, 23 de diciembre de 1952.

<sup>58</sup> Cfr. “Los pueblos esperan del Congreso de Viena un renovado impulso en defensa de la Paz”, *Nuestra Palabra*, 9 de diciembre de 1952.

Los años de la guerra de Corea (1950-1953) fueron los más activos del movimiento durante la década del 50, tanto en la Argentina como en el resto del mundo. Durante aquellos años, muchos escritores, científicos y artistas pensaron, junto a Sartre, que ya no era posible ser neutral. Por primera vez, el mundo asistió a la posibilidad de un conflicto sangriento y prologando que involucraba a naciones armadas con bombas atómicas, lo que suponía, como lo reconoció abiertamente Georgi Malenkov, “el fin de la civilización del mundo”<sup>59</sup>. A lo largo de los siguientes años, los contenidos pacifistas se irán organizando mediante una integración de las coyunturas domésticas y al derrotero de la política internacional. En 1954, será el momento de relacionar la cuestión de la paz a la condena a la política petrolera del gobierno peronista, en 1956 le tocará el turno a la cuestión del Canal de Suez y el Pacto del Atlántico de Sur, ya en los años 60, y sobre todo luego de la crisis de los misiles en 1962, el tema excluyente será la defensa de Cuba. Ese mismo año, en el marco del “giro a la izquierda” de los peronistas, el Movimiento por la Paz abandonará su estrategia de legitimación por vía de los intelectuales para adoptar un perfil más político-sindical. Las firmas que acompañarán la declaración de auspicio al “Congreso por el desarme y la paz” serán en su mayor parte de dirigentes políticos y sindicales, aunque no faltaron los apoyos de nombres prestigiosos, como el del escritor y ensayista santiagueño Bernardo Canal Feijoo, o de artistas populares como Horacio Guarani<sup>60</sup>. De los 62 delegados que viajaron a Moscú para participar del Congreso solo nueve tenían profesiones intelectuales: había cuatro médicos, dos arquitectos, dos escritores y un periodista<sup>61</sup>.

### *Epilogo cinematográfico: el caso de Alfredo Varela*

La persecución constante del que fue objeto el Movimiento por la Paz en el país fue la fuente de la cual los comunistas extrajeron sus héroes y lamentablemente también sus mártires. Las permanentes denuncias sobre encarcelamientos, abusos y vejámenes a los “combatientes por la paz” poblaron innumerables páginas de la prensa comunista, pero pocos hechos alcanzaron la repercusión que obtuvo la detención del novelista Alfredo Varela en junio de 1952. Demostrando los límites que la solidaridad entre pares impone a las brechas abiertas por las

<sup>59</sup> Citado en Gaddis, John Williams, *La Guerra Fría*, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 70, 87.

<sup>60</sup> “Auspicio argentino al congreso mundial por el desarme y la paz”, *Nuestra Palabra*, 29 de mayo de 1962.

<sup>61</sup> “Estos fueron los delegados argentinos”, *Nuestra Palabra*, 7 de agosto de 1962.

diferencias políticas, las firmas que los comunistas no consiguieron estampar en las proclamas pacifistas las lograron para pedir la libertad de Varela. Nacido en el barrio porteño de Caballito en setiembre de 1914, Varela logró escribir el único libro que fue juzgado como representante del “realismo socialista” en la Argentina<sup>62</sup>. El *Río Oscuro*, publicado por Lautaro en 1943, fue un suceso tanto por su tema y su fuerza narrativa como por su innovadora estructura formal. A través de una línea narrativa fracturada en tres tiempos (clara influencia de los narradores norteamericanos como John Steinbeck, John Dos Passos y William Faulkner), Varela cuenta la historia de Ramón Moreira, un hombre que es reclutado para trabajar en los yerbatales vírgenes del Alto Paraná y sometido a un régimen inhumano de violencia y explotación para, paulatinamente, ir tomando conciencia de su situación y vislumbrar el camino de la política como único y digno modo de liberación de aquel infierno.

Sobre la gloria de la infinita riqueza del Alto Paraná –escribe sobre el final de la novela– el material humano sigue arrastrándose pobre, enfermo, oprimido. Pero las nuevas condiciones, al aproximar físicamente a las grandes peonadas someténdolas a la misma explotación exhaustiva, favorecen su agrupamiento y organización (...) Sobre las cenizas del antiguo mensú, del arriero, comienza a levantarse el peón organizado, consciente, del porvenir. Su camino de espinas ha de tener en lo sucesivo una luz: la del farol de ese humilde rancho del sindicato obrero...<sup>63</sup>

La novela fue traducida a 15 idiomas y convirtió a su autor en una suerte de mito de la literatura social. Como muchos otros escritores de su generación, como Raúl Larra y Bernardo Kordon, Varela inició su militancia política en la Asociación de Intelectuales, Artistas y Periodistas (AIAPE), organización antifascista donde integraba la Asociación de Jóvenes Escritores, apadrinados por Aníbal Ponce. Fue en la revista de la AIAPE, *Nueva Gaceta*, donde también inició su carrera de escritor, publicando poemas y relatos. De origen familiar modesto, no pudo seguir estudios universitarios y, antes de transformarse en periodista y miembro destacado del partido, ejerció diversos oficios, como el de corredor de informes comerciales. En 1941 ingresó a trabajar en el recién creado diario *La Hora*, donde luego llegó a ser miembro del consejo de redacción. Su trabajo periodístico, como también sucedió con el poeta Raúl González Tuñón, lo acercó a las más diversas realidades a lo largo y ancho del país. El *Río Oscuro*

<sup>62</sup> Cfr. Prieto, Adolfo, *Diccionario Básico de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1968, p. 154).

<sup>63</sup> Varela, Alfredo, *El Río Oscuro*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2008, pp. 254-255.

fue, antes de convertirse en libro, una extensa serie de notas que bajo el título “Así viven los esclavos blancos” publicó en la revista *Ahora*.

En 1948, Varela fue enviado por el partido a los congresos de los partidos comunistas de Polonia y Hungría, flamantes democracias populares, y en calidad de delegado de los escritores comunistas argentinos participó en el Congreso de Intelectuales por la Paz, que fundó el movimiento. Desde entonces, Varela consumió “la mayor parte de sus energías creadoras”, al decir de Raúl Larra, en la causa de la paz<sup>64</sup>. Integrante del Consejo Argentino, donde llegó a ejercer la vicepresidencia, y representante permanente a todos los congresos y reuniones del Buró del Consejo Mundial, cuando fue detenido por la Sección Especial de Represión al Comunismo, había sido promovido a miembro suplente del comité central del PCA.

La detención de Varela se produjo en julio de 1951, a casi un año de los asesinatos del dirigente estudiantil Jorge Calvo y el obrero metalúrgico Ángel Zelli a manos de un grupo de la “Sección Especial” que ingresó por la fuerza a una casa de la provincia de Buenos Aires donde se desarrollaba una reunión para movilizar voluntades contra el envío de tropas a Corea<sup>65</sup>. El brutal asesinato de Calvo y Zelli los convirtió inmediatamente en “héroes de la paz” y se le rindieron innumerables homenajes, incluyendo un libro del propio Varela titulado *Jorge Calvo. Una juventud heroica* (Voz Juvenil, 1952). En esa atmósfera represiva, Varela fue acusado de participar en la organización de la huelga ferroviaria declarada en enero de 1951. Sobre él ya pesaba una condena por desacato que estaba en suspenso, por publicar en *La Hora* una denuncia contra el jefe de policía por el asalto a un acto conmemorativo del 32 aniversario de la Revolución Rusa que terminó con centenares de presos y apaleados. Unos meses antes de ser nuevamente detenido, había pasado 20 días en la cárcel en compañía de Atahualpa Yupanqui, luego de que ambos fueron detenidos en la puerta de la embajada soviética. La prensa comunista presentó la detención Varela como una consecuencia de su trabajo como escritor comunista, resaltando tanto su compromiso político como el valor “documental” de su literatura. Ante la pregunta ¿por qué se encarcela a Varela?’, *Nuestra Palabra* respondía:

Porque como escritor ha defendido desde el diario y desde el libro a los humildes. El estuvo con los trabajadores de la Alpargatera señalando en notas inolvidables la justicia de los 10000 obreros expropiados por patrones extranjeros, ingleses.

<sup>64</sup> Larra, Raúl, *Con pelos y señales*, Buenos Aires, Futuro, 1986, p. 34.

<sup>65</sup> Cfr. Gilbert, Isidoro, *La FEDE. Alistándose para la Revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1928-2005*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009. pp. 306-312.

El estuvo con los hacheros y cosecheros del algodón del Chaco y Corrientes, él denunció la miseria impuesta por los terratenientes en el sur argentino. Él mostro, a través de ojos argentinos, la limpia, la hermosa verdad de un país maravilloso donde triunfa el socialismo: la Unión Soviética. El estuvo en el Paraguay, en lo más rudo de la lucha al lado de un pueblo tradicionalmente expoliado por el imperialismo, cantando sus esperanzas, nombrando su (sic) dolores, señalando su (sic) próximas y seguras victorias<sup>66</sup>.

La campaña por la libertad de Varela recibió adhesiones de todo el mundo, incluyendo las ya habituales firmas de las autoridades del Consejo Mundial por la Paz, de Pablo Neruda, Jorge Amado, Claude Morgan, George Lukács, Arnold Zweig, Emilio Sereni... La nota enviada al juez de la causa, Miguel Vignola, solicitando la resolución urgente del caso y la inmediata libertad del “muy distinguido” colega estuvo encabezada por Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges<sup>67</sup>. Varela fue finalmente condenado a un año de prisión efectiva en la cárcel de Villa Devoto, lo que derivó en la constitución de un comité por su libertad cuyo presidente fue Leónidas Barletta, secundado por escritores comunistas<sup>68</sup>. Varela recuperó la libertad en mayo de 1952, en lo que fue presentado como un “triunfo de la movilización popular por la democracia y la paz”, tanto más significativo y aleccionador por haber sido obtenido en el marco de “una opresión política cada día más dura”. Ese mismo mes, el Secretario de Organización del Partido, Juan José Real, iniciaba un proceso de acercamiento al gobierno que culminó con el apoyo a la convocatoria de Perón a formar un frente popular unido para oponerse a la conspiración golpista que, según el presidente, era organizada por el imperialismo norteamericano y la oligarquía local. El Comité Ejecutivo del partido emitió entonces una declaración en que hacía pública su adhesión a la constitución de ese frente, a la vez que proponía una serie de medidas sobre las cuales sustentarlo. El documento convocaba a los comunistas a formar comités unitarios en cada fábrica, lugar de trabajo y casa de estudio o cultura con la finalidad de facilitar la unidad de acción con los sectores obreros y populares del peronismo<sup>69</sup>. Este viraje fue rápidamente desactivado una vez que el dirigente máximo del comunismo argentino, Victorio

<sup>66</sup> “Libertad para A. Varela”, *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 3 de setiembre de 1951.

<sup>67</sup> “La libertad de A. Varela solicitan destacados escritores”, *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 18 de setiembre de 1951.

<sup>68</sup> “Se constituyó un comité por la libertad de Alfredo Varela”, *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 29 de enero de 1952.

<sup>69</sup> “Declaración del PC a propósito del discurso del Gral. Perón invitando a los trabajadores a formar un ‘frente popular unido’ para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista”, Buenos Aires, 5 de mayo de 1952.

Codovilla, regresó al país desde la URSS. En la reunión de Comité Central Ampliado de febrero de 1953, Juan José Real fue acusado de introducir en el partido concepciones “nacionalistas burguesas”, y expulsado. Aunque de breve duración, “el caso Real”, como luego se lo conocería, tuvo consecuencias de más largo aliento para el espacio cultural, pues obligó a los intelectuales comunistas a romper con viejas lealtades forjadas en la lucha antifascista que se habían fortalecido en la común oposición al peronismo.

El caso de la detención de Varela es sintomático de estos vaivenes y de las dificultades que el Movimiento por la Paz encontró en la Argentina para desarrollarse, pues las apuestas realizadas en sede política difícilmente podían trasladarse al espacio intelectual al que el llamado pacifista pretendía convocar, pues era mucho menos propenso a la modificación abrupta de las caracterizaciones sobre un gobierno que se había ganado el repudio casi unánime del mundo letrado. Cuando Varela recuperó la libertad, agradeció desde las páginas de *Nuestra Palabra* la movilización nacional e internacional que se desplegó para reclamar por su libertad, aunque no hizo mención alguna de las razones por las cuales el gobierno peronista lo había encarcelado y ahora lo liberaba. Apenas cinco meses después, el 9 de octubre, se estrenaba en el teatro Gran Rex de la calle Corrientes la película “Las aguas bajan turbias”, adaptación cinematográfica de *El Río Oscuro*, dirigida y protagonizada por el director y cantante popular de simpatías peronistas Hugo del Carril. Aunque desde la cárcel Varela participó en la adaptación del guión, no figuraba en ningún crédito y su libro nunca se mencionó en ninguna crítica, pues esa —y la aclaración de que el infamante régimen de explotación de los yerbatales era parte de un remoto pasado— fue la condición para que el proyecto fuera autorizado por la Secretaría de Propaganda del Gobierno. Así lo hacía notar la prensa comunista en abril de 1952, al afirmar que mientras las compañías esclavistas denunciadas por Varela no solo subsistían, sino que bajo el régimen justicialista habían ganado muchos millones, aquel que les había recordado sus crímenes se encontraba preso. Sin embargo, una vez estrenada, la misma prensa aplaudió la película y acordó en que esa “época de horror” había sido en gran parte superada por el combate de la “clase obrera”.

Como una muestra del paradójico lugar que los intelectuales comunistas ocupaban en un espacio cultural escindido por la adhesión o el rechazo al peronismo, mientras los comunistas, embarcados en el apoyo al gobierno, saludaban la película y olvidaban incómodamente la prisión de Varela por la que habían movilizado todos los resortes del Movimiento por la Paz, la oposición —y con ella buen parte de los intelectuales que habían reclamado por la libertad del autor de *El Río Oscuro*— juzgó la película como una muestra de propaganda peronista, pues durante su estreno, cuando al final el protagonista y

su mujer escapan del obraje para coronar su historia de amor (y no para asumir el camino de política y la sindicalización) los espectadores aplaudieron al grito de ¡Viva Perón!<sup>70</sup>.

<sup>70</sup> Cfr. España, Claudio, “Las aguas bajan turbias: una denuncia contra toda esclavitud”. En Borrás, Eduardo, *Las aguas bajan turbias*, Buenos Aires, Biblos/Argentores, 2006, p. 9.